Bajo la sombra de la Shekinah
Roy Gane

Capítulo Cuatro

La preparación para la mudanza
(Números 9, 10)

El día de la independencia

Muchos países celebran su independencia de gobiernos extranjeros con días festivos. Las fechas varían, pero el tema es parecido: el gozo de la victoria que ha traído la oportunidad para la autodeterminación y la liberación de la explotación. La gente considera que esos días festivos son ocasiones felices para comer y beber con los amigos y la familia, asistir a desfiles, o escuchar discursos patrióticos. Cuando yo era niño, disfrutaba especialmente los fuegos artificiales del día de la independencia. Observar los fuegos artificiales era emocionante, pero aún más emocionante era encender nuestras propias luces, nuestros propios cohetes.

La Pascua es el «día de la independencia» para Israel, la conmemoración de su liberación de la opresión de Egipto y el nacimiento de la nación. Los pueblos de muchas naciones han creído que Dios los ayudó en su lucha por la liberación, pero la historia hebrea de la divina y milagrosa intervención a favor de su nación de esclavos es única. Así que el día de la independencia de Israel era un festival religioso para celebrar la liberación realizada por Dios.

Poco antes de que los israelitas partieran del desierto de Sinaí, celebraron su segunda Pascua. Era su primera celebración de la salida de Egipto. Un año antes, habían observado la Pascua en el momento exacto en que Dios estaba por completar la liberación final de su pueblo (Éxodo 12). Esa celebración del «día de la independencia» era un acto de fe de que Dios estaba a punto de darles la libertad.

© Recursos Escuela Sabática

Más adelante, en la Biblia, vemos de nuevo este modelo de celebración de fe, anticipando lo que Dios estaba a punto de hacer. Cuando los israelitas marcharon alrededor de Jericó siete veces, los sacerdotes tocaron las trompetas y el pueblo gritó. Entonces las paredes cayeron (Josué 6:20). Cuando yo era niño, imaginaba que el poderoso estruendo había agrietado las murallas de la ciudad. Pero después de ver las antiguas murallas en los lugares arqueológicos del Oriente Próximo, ya no creo que fue el sonido el que obró la proeza en Jericó. Fue Dios. Fue un milagro. Todo lo que los israelitas hicieron fue celebrar lo que Dios estaba a punto de hacer.

Es muy interesante notar que la misma palabra hebrea que se usa para referirse al «grito» de los israelitas (versículo 20) aparece en Números 23:21, donde dice que Balaam miró hacia el campamento israelita y observó que «su Dios, está con él, y ellos lo aclaman como rey». Es una proclamación del Señor como el divino Rey de los israelitas. En Jericó ellos gritaron para celebrar exactamente eso.

Siglos después, cuando una gran multitud de enemigos marchó contra el rey Josafat de Judá, este invitó a su pueblo al ayuno para buscar la ayuda de Dios (2 Crónicas 20:1-13). Entonces el Espíritu del Señor vino sobre Jahaziel, quien dio al pueblo un mensaje del Señor, que incluía la orden: «No temáis ni os amedrentéis delante de esta multitud tan grande, porque no es vuestra la guerra, sino de Dios» (véanse los versículos 14-17). Josafat aceptó la promesa y adoró al Señor, y los levitas se pusieron de pie para alabar al Señor con voz alta y fuerte (versículos 18, 19). ¡La celebración ya había comenzado!

Al día siguiente Josafat alentó a su pueblo con estas palabras: «Creed en Jehová vuestro Dios, y estaréis seguros; creed a sus profetas, y seréis prosperados» (versículo 20). Es de crucial importancia creer en las promesas de Dios, entregadas por medio de sus profetas, para aceptar la salvación de Dios por medio de la fe basada en su Palabra como si ya se hubiese cumplido.

Para confirmar sus palabras de fe, Josafat hizo algo notable: «Y habido consejo con el pueblo, puso algunos que cantasen y alabasen a Jehová, vestidos de ornamentos sagrados, mientras salía la gente armada, y que dijesen: "glorificad a Jehová, porque su misericordia es para siempre"» (versículo 21). Contra esta clase de fe, los enemigos del pueblo de Dios no tuvieron oportunidad de vencerlos. El Señor los puso unos contra otros, y se destruyeron entre ellos mismos. El ejército de Judá no tuvo que pelear en absoluto (versículos 22-24).

En el Nuevo Testamento sigue dándose el mismo modelo de una fe anticipada. En la Última Cena, Jesús observó la Pascua con sus discípulos y la transformó en una celebración de la liberación del gobierno opresivo de Satanás, que es mucho más poderoso y peligroso de lo que había sido el dominio del faraón (Mateo 26:17-30). Su celebración de la independencia del perverso «príncipe de este mundo» *(cf.* Juan 12:31) descansaba sobre el sacrificio de Cristo (Mateo 26: 26-28), que estaba a punto de realizarse (Mateo 27).

La primera Pascua y la primera Cena del Señor se realizaron antes de la liberación que celebraban. Pero luego el pueblo de Dios las observaría regularmente para conmemorar los acontecimientos salvíficos después de que estos se hubiesen realizado. Si bien estas ceremonias recordaban experiencias pasadas en las que habían recibido la gracia de Dios por medio de la fe, también los invitaban a mirar hacia adelante por medio de la fe a la conclusión futura de la salvación. Siendo que el Señor había librado de Egipto a los israelitas, estos podían confiar que cumpliría su promesa de llevarlos con seguridad a su nuevo hogar en la tierra prometida. De igual manera, el hecho de que el Cristo crucificado hiciera añicos el derecho de Satanás al planeta Tierra (Juan 12:31) es apoyo poderoso de nuestra fe en su futuro retorno para reclamar lo que le pertenece y hacer nuevas todas las cosas (Apocalipsis 19-22).

Al ver lo que Dios ya ha hecho por nosotros, tenemos confianza en que cumplirá lo que ha prometido. Y esto se aplica incluso en el ámbito de la experiencia individual. Cuando nos sentimos abrumados por gravísimos problemas, fuerzas, o tentaciones que parecieran estar a punto de desunirnos es el tiempo de recordar los enemigos que Dios venció fácilmente en beneficio de su pueblo en el pasado. Podemos hacer nuestras sus promesas, como lo hicieron Josafat y su pueblo, y celebrar su inminente cumplimiento. Aunque Dios decidiera no intervenir en esta vida, como cuando decidió no rescatar a Juan el Bautista (Mateo 14:3-12), la liberación permanente vendrá pronto en la vida futura (Job 19:25-27).

Los israelitas estaban a punto de salir de la seguridad y de la relativa comodidad del campamento junto al monte Sinaí y emprender un viaje escabroso, en el que poderosos enemigos saldrían a su encuentro. Observar la Pascua para alabar a Dios por la forma como los había salvado del faraón fortalecería su fe en lo que el Señor estaba a punto de hacer por ellos. De esta manera se animarían a cooperar valerosamente con él. La alabanza fortalece la fe, y esta, a su vez, desarrolla el valor.

Los israelitas celebraron su segunda Pascua en la fecha señalada, el día catorce del primer mes, que era en la primavera (Números 9:1-5; *cf.* Éxodo 12). Fue en «el primer mes del segundo año de su salida de la tierra de Egipto» (Números 9:1). Note que esto fue un par de semanas antes de que el Señor mandara a Moisés a realizara el censo militar «el primer día del segundo mes, el año segundo de su salida de la tierra de Egipto» (Números 1:1). Aquí la organización de los registros en el libro de Números es temática más que un informe estrictamente cronológico de eventos en el orden en que ocurrieron. Al volver a narrar el ejercicio de fe de la Pascua en Números 9, poco antes de la salida del Sinaí (Números 10:11-13), el libro da a entender que existe un paralelo con la partida de Egipto un año antes. El pueblo continuaba su viaje de fe con Dios.

En la Pascua, antes de comenzar su penosa marcha hacia Canaán, algunos israelitas tuvieron un problema. Pero su queja no se debía a la falta de fe. Lo que ocurría era que habían deseado disfrutar la celebración de la Pascua y estaban frustrados porque, como estaban inmundos por haber estado en contacto con cadáveres, no habían podido participar (Números 9:6, 7).

Parte de la celebración de la Pascua consistía en el consumo de la carne del sacrificio sagrado en el hogar (Éxodo 12). Pero cualquiera que había estado cerca de un muerto quedaba ritualmente impuro durante una semana (Números 19:11). En consecuencia, no se les permitía comer comida santificada (*cf.* Levítico 7:20, 21) y tenían que permanecer fuera del campamento durante su período de impureza, lejos de sus hogares (Números 5:1-4). Esas leyes todavía no habían entrado en vigor el año anterior, en el tiempo de la primera Pascua, porque el santuario, que era el lugar donde se manifestaba la presencia de Dios, todavía no existía.

Ahora algunas personas se veían excluidas de la Pascua por circunstancias ajenas a su voluntad. Sus parientes habían muerto, y habían tenido que sepultarlos. La muerte no puede ser programada. Así que, además del dolor que sentían por sus seres amados muertos, se sentían excluidos de la comunidad. El Señor comprendió su contrariedad y reconoció su validez. Por ello, estableció una segunda fecha para la Pascua, un mes más tarde, el día catorce del segundo mes, para todos aquellos que habían estado contaminados por haber estado en contacto con un muerto. Y también hizo la misma provisión para todo aquel que había estado en un largo viaje, que le impidiera estar en casa para el festival en el primer mes (Números 9:9-12).

En Números 9 vemos el carácter de Dios en acción. Su solución fue práctica y mostró la necesaria flexibilidad para incluir a tantos como fuera posi-

ble en una ocasión de regocijo comunitario. También incluyó a los extranjeros que desearan celebrar la independencia nacional de Israel en la fiesta de la Pascua. Dios trató a aquellas personas como si fueran ciudadanos israelitas (vers. 14; *cf.* Éxodo 12:48, 49). En esta forma el Señor incluyó a los extranjeros que tenían fe y que se identificaban con su pueblo escogido, a través del cual él había prometido bendecir a todas las naciones (Génesis 12:3; 22:18).

Sería maravilloso si el pueblo de Dios aprendía de él cómo tratar a los demás. Entonces respetaríamos los sentimientos y limitaciones válidas de otras personas, mantendríamos las reglas y su propósito en la perspectiva equilibrada, ¡e incluiríamos a tantos como pudiéramos en nuestra adoración y en la celebración de la salvación!

Permanecer juntos

Cuando mis padres, mi hermano y yo nos mudamos de Nebraska a California, en 1974, tomamos la autopista número 80. Mi hermano, de 16 años, y descontento por la mudanza, prefirió viajar solo, conduciendo su antiguo pero clásico Cadillac color café. El resto de la familia viajó en un Plymouth que tenía el aspecto de una gran caja azul. El Cadillac tenía control de crucero. El Plymouth no.

Así que, además de la frustración que sentía por alejarse más y más de sus amigos, con cada kilómetro que avanzaba, mi hermano tuvo que lidiar con la irritación de tener que ir siguiendo a otro vehículo, que a veces aceleraba y a veces disminuía la velocidad.

Ya sea que vayamos conduciendo un vehículo, o trotando, o trabajando en un proyecto, es difícil ir al paso de otra persona. Unos van demasiado rápido, o muy lentamente; con mucha regularidad, o con demasiados imprevistos; se detienen con demasiada frecuencia, o no se detienen tanto como uno quisiera. Pero si nos apoyan, nos guían o nos protegen, vale la pena hacer amoldarse a su ritmo y permanecer con ellos.

Los israelitas necesitaban viajar con Dios. Era el Rey de la supervivencia. Así que, después de observar la primera Pascua, al salir los israelitas de Egipto, «Jehová iba delante de ellos, de día en una columna de nube para guiarlos por el camino, y de noche en una columna de fuego para alumbrarlos, a fin de que anduvieran de día y de noche» (Éxodo 13:21). Cuando el ejército egipcio persiguió a los israelitas, la nube del Señor los separó de sus antiguos cautivos (Éxodo 14:19, 20). Durante la Segunda Guerra Mundial los barcos hacían cortinas de humo para evitar que los aviones enemigos los

© Recursos Escuela Sabática

vieran. Pero la «cortina de humo» del Señor era mejor, porque al mismo tiempo daba luz a su pueblo y oscuridad a sus enemigos.

Más tarde, la presencia del Señor se posó sobre el monte Sinaí en una nube que protegía a los israelitas de su gloria (Éxodo 19:16; 24:15, 16, 18). Sin embargo, después que ellos construyeron el santuario, la gloria del Señor lo llenó y su nube se colocó sobre él. La nube quedaba allí hasta que llegaba el momento de levantar el campamento y continuar el viaje (Éxodo 40:34-38).

Después de informar de la celebración de la segunda Pascua, el libro de Números nos habla nuevamente de la nube de gloria del Señor (Números 9:15-23). Este pasaje dice con énfasis que los israelitas seguían el movimiento de la nube, no importa cuan largo o corto fuera el tiempo que permaneciera sobre el santuario: «Al mandato de Jehová acampaban, y al mandato de Jehová partían. Así guardaban la ordenanza de Jehová, como Jehová lo había dicho por medio de Moisés» (Números 9:23).

Es cierto que Dios estableció el ritmo de la marcha, pero la realidad es que fue para beneficio de su pueblo. La marcha hacia Canaán podría haber sido mucho más rápida, pero ellos no estaban preparados. Debían potenciarse su fe en Dios y su cooperación con él antes de que estuvieran listos para enfrentarse a sus intimidantes enemigos. Si la dirección del Señor no les parecía lógica algunas veces, era para enseñarlos a confiar en él y seguirlo en todo momento. Él sabía lo que hacía.

Así que no era suficiente que los israelitas estuvieran donde el Señor había estado en el pasado, o donde era probable que estuviera en el futuro. Tenían que estar donde el Señor estuviera en ese momento.

Por desgracia, muchos grupos religiosos a través de los siglos han consagrado santuarios, o creencias, para conmemorar el lugar donde piensan que el Señor estuvo en algún tiempo. Trágicamente, no están dispuestos a que él los guíe a una nueva verdad, porque se aferran resueltamente a una ortodoxia momificada. No consideran a Dios como una persona, sino como una idea confinada a un nicho que ellos han creado. Adornan el nicho, lo besan, y periódicamente desfilan a su alrededor, pero es en realidad algo así como un ataúd; y el Dios vivo no está adentro.

Otros están impacientes con la conducción de Dios en el presente. Como él está tratando de mantener junto un rebaño muy diverso, es demasiado lento para ellos. Ellos son la minoría selecta, la que va al frente, la que abre el camino, la que cambia los paradigmas.

Pero solamente estaremos seguros si estamos con Dios donde él está ahora. Necesitamos movernos con él y detenernos con él. Sí, él puede ir mucho más rápido; pero él sabe qué es lo mejor para nosotros.

Señales de coordinación

Para coordinar un grupo de personas es muy útil tener señales. En el pequeño pueblo de Angwin, California, donde viví varios años, el excelente Departamento de Bomberos Voluntarios usaba una potente sirena como sistema de alarma para convocar a los que se necesitaban para atender diferentes clases de emergencias. Mientras más alarmas sonaban, más grande era la emergencia. Cinco alarmas eran para algo grande, como, por ejemplo, un incendio peligroso, que requería el rápido despliegue de todos los miembros. Cuando ocurría eso, muchos obreros salían precipitadamente de su trabajo, saltaban a sus vehículos, y hacían rechinar los neumáticos mientras avanzaban a toda velocidad por la carretera. Este enérgico cuerpo de bomberos, caracterizado por su excelente formación y dedicación, ha salvado muchas vidas y hogares.

Antes de que los israelitas partieran del Sinaí hacia Canaán, establecieron un sistema de señales para coordinar sus movimientos rápida y efectivamente. Si debían reunirse para recibir instrucciones, o salir a otra etapa de su viaje, o hacer frente a la amenaza de un enemigo, pasar el mensaje por palabras o verbalmente resultaría demasiado lento. Recuérdese que no tenían altavoces, teléfonos celulares ni localizadores. Sin una coordinación apropiada, resultaría el caos. Los miembros de las tribus de Judá, Isacar, Zabulón, etcétera, irían de un lado a otro, chocando unos con otros y gritando de rabia. Si además tenían que movilizar a sus animales, rebaños y manadas, estas chocarían unas contra otras, lo cual enojaría más a sus dueños. Una cacofonía de berridos, balidos y mugidos completaría la enorme confusión.

El Señor requiere el orden que contribuye al cumplimiento de sus propósitos. «Pues Dios no es Dios de confusión, sino de paz» (1 Corintios 14:33). Así que Dios mandó a Moisés tener a mano dos trompetas de plata, que los sacerdotes tocarían de cierta manera, dependiendo de la necesidad que se presentara (Números 10:1-10). Ahora que los arqueólogos han encontrado una antigua trompeta egipcia perfectamente conservada (la hallaron junto con otros objetos de la tumba del faraón Tutankamón), tenemos una idea muy clara de cómo era aquel instrumento. Con el agudo sonido de aquellas trompetas sería fácil llamar la atención de los israelitas para convocarlos a todos (o solamente a los representantes y dirigentes), controlar el comienzo

© Recursos Escuela Sabática

de una marcha para que las tribus se colocaran en el orden correcto, declarar la guerra, o celebrar ocasiones de gozo.

El hecho de que fueran los sacerdotes quienes tocaran las trompetas reforzaba el hecho de que las señales representaban la voluntad de Dios. Los sacerdotes trabajaban en el santuario, donde recibían instrucciones del Señor a través de Moisés o al observar el movimiento de la gloria de Dios en la nube. En armonía con todo ello, tocaban las trompetas para dar las señales al pueblo.

Dios dijo a los israelitas que si los enemigos los atacaban, el sonido de alarma de la trompeta tocada por los sacerdotes sería como un tipo de oración a su divino Rey, «Cuando salgáis a la guerra en vuestra tierra contra el enemigo que os ataque, tocaréis alarma con las trompetas. Así seréis recordados por Jehová, vuestro Dios, y seréis salvos de vuestros enemigos» (Números 10:9). Los líderes posteriores, que no eran sacerdotes, también tocaban trompetas (pero cuernos de carnero) para reunir a los israelitas para la batalla en la cual Dios les daría la victoria (véase, por ejemplo, Jueces 3:27; 6:34).

Las trompetas de plata de los sacerdotes tenían otra función: que los israelitas fueran recordados delante de Dios en ocasiones de gozo. «En vuestros días de alegría, como en vuestras solemnidades y principios de mes, tocaréis las trompetas sobre vuestros holocaustos y sobre los sacrificios de paz, y os servirán de memorial delante de vuestro Dios. Yo, Jehová, vuestro Dios» (Números 10:10). La necesidad de tal recordatorio no significaba que Dios los hubiera olvidado. Más bien, esos toques de trompeta eran oraciones en ocasiones especiales para reconocer su dependencia de él y alabarle.

Mi familia y yo caminábamos por un sendero hacia una playa en el lago Michigan. De repente escuchamos una poderosa sirena. Aquello nos puso nerviosos porque estábamos a corta distancia de la planta de energía nuclear Cook, la cual es, naturalmente, un blanco potencial para los terroristas. Preguntamos a otros caminantes si sabían qué estaba sucediendo, y ellos nos dijeron que era una alarma de prueba que sonaba una vez por mes. No es necesario decir que nos sentimos muy aliviados.

Los israelitas también tenían señales regulares en ocasiones programadas, inclusive al principio de cada mes; pero se podía distinguir su sonido del de las señales de emergencia. Sin embargo, había una excepción: el recuerdo (ante el Señor) de sonidos de trompeta al principio del séptimo mes (lo que se denominaba la «fiesta de las Trompetas», Levítico 23:24) tenía el mismo sonido que el usado para reunirse para la guerra (Números 10:9).

© Recursos Escuela Sabática

Este era un recordatorio anual de que su líder era un Rey (aclamado con el mismo sonido en Números 23:21) que era poderoso y estaba listo para ayudar a su pueblo.

El sonido de las trompetas israelitas evocaba una amplia gama de emociones, incluyendo la curiosidad por saber la razón de una convocación divina, la emoción por la partida para ver nuevos lugares a lo largo del camino hacia la tierra prometida, la preocupación y la inyección de adrenalina cuando enfrentaban las posibilidades de una batalla y el regocijo de celebrar el pacto con el Señor como miembros de su pueblo elegido. El elemento común en todo esto era el papel protagonista de Dios, quien los guiaba, los protegía, y suplía todas sus necesidades en todas las circunstancias.

Más tarde en la historia del pueblo de Dios, los profetas utilizaron las trompetas (cuernos de carneros) para proclamar tiempos de emergencia y arrepentimiento (Isaías 58:1; Joel 2:1, 15). Del mismo modo, cuando tenemos problemas deberíamos reconocerlos y enfrentarnos a ellos. Una crisis es una crisis, ya sea que los líderes lo admitan o no. En vez de escondernos en la apatía y la negación, pretendiendo que todo está bien, para proteger nuestra posición e imagen, deberíamos juntar a todas las personas afectadas, y buscar honestamente a Dios juntos, admitiendo plenamente nuestros errores, y reclamar las promesas divinas de perdón (1 Juan 1:9) y ayuda (por ejemplo, Santiago 1:5 contiene una promesa de sabiduría).

Hace mucho tiempo que desaparecieron las trompetas israelitas, pero en el libro de Apocalipsis un ángel tocando una séptima trompeta anuncia el reino de Dios y, en consecuencia, su juicio, y se ve el arca del pacto en su templo celestial (Apocalipsis 11:15-19). Este es el equivalente escatológico de la trompeta que tocaba al principio del séptimo mes como memorial delante de Dios (Levítico 23:23-25), seguida por el juicio de lealtad hacia Dios en el Día de Expiación (versículos 26-32), cuando el sumo sacerdote veía el arca del pacto israelita (Levítico 16). Otra trompeta, la última, convocará al verdadero pueblo de Dios, no a un santuario en el campamento del desierto, sino para salir de la tumba y disfrutar la vida eterna en su presencia sin velo en la perpetua paz del paraíso (1 Corintios 15:52; 1 Tesalonicenses 4:16; *cf.* Mateo 24:31).

En marcha

Alistarse para un largo viaje exige siempre mucho trabajo para la familia. Hay mucho trabajo, aunque la casa ya esté limpia, la ropa lavada y doblada, las cuentas pagadas, los documentos en la computadora estén archivados,

© Recursos Escuela Sabática

el aceite del coche cambiado recientemente y los neumáticos inflados debidamente, ya haya suficiente alimento para los perros y los gatos, y se hayan hecho los arreglos para que alguien cuide de los animales. Generalmente tendemos a dejar todas estas cosas para el último minuto, junto con una corriente interminable de correos electrónicos, tareas universitarias que no pueden esperar hasta que regresemos (entrega de calificaciones, revisión de tesis, etc.). Agreguemos el fin de un plazo para la publicación de un artículo o un libro, y nos quedará poco tiempo para dormir, o nada. Cuando, por fin, subimos a nuestro vehículo, salimos de nuestra casa y nos ponemos en marcha, sentimos una abrumadora sensación de alivio y expectativa.

Los israelitas llevaban casi un año preparándose para este momento. Les tomó mucho tiempo porque no eran una sola familia, sino muchas familias que formaban una nación entera. Habían llegado al Sinaí como una pandilla de esclavos huyendo de sus amos, habían necesitado una constitución nacional (la ley de Dios), un centro de gobierno y adoración (el santuario), y una organización que abarcaba muchísimas cosas. Ahora todo estaba en su sitio. Por fin, la nube de gloria divina se levantó de su lugar sobre el santuario, y salieron, como se planificó, en un orden militar preciso (Números 10:11-28).

La emoción aumentaba. Los israelitas no iban solamente a un viaje de negocios o de vacaciones: iban rumbo a un lugar nuevo y permanente, donde morarían en una hermosa tierra de su propiedad que nunca habían visto. Tenían razones para creer que en corto tiempo estarían en ella.

Los israelitas ansiaban «aquella tierra buena y ancha, [...] una tierra que fluye leche y miel» (Éxodo 3:8). Pero aquella tierra no era nada, comparada con la que está preparada para nosotros: una tierra enteramente nueva, en la cual comeremos del árbol de la vida y beberemos del agua de vida. «Antes bien, como está escrito: Cosas que ojo no vio ni oído oyó ni han subido al corazón del hombre, son las que Dios ha preparado para los que lo aman» (1 Corintios 2:9). Esperamos en el futuro una tierra sin sufrimiento, ni dolor, ni tristeza, con hogares magníficos, diseñados y construidos por Dios mismo. Lo mejor de todo es que no necesitaremos un santuario o templo para tener un acceso limitado al Señor, porque podremos acercarnos a él cara a cara (Apocalipsis 21; 22; véase también Juan 14:1-3).

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática

© Recursos Escuela Sabática